

# “La Iglesia que nace de los pobres”.

## *Mysterium liberationis*, una eclesiología latinoamericana sinodal y martirial

---

**Ricardo Miguel Mauti**  
**Facultad de Teología**  
**Pontificia Universidad Católica Argentina**  
**Buenos Aires, Argentina**

### 1. Recordar juntos el destino de una obra

En 2020 se cumplieron treinta años de *Mysterium liberationis*<sup>1</sup>. Esta “Suma teológica desde la perspectiva de la liberación” fue proyectada entre 1985 y 1988<sup>2</sup>, y fue dirigida por Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino. Su publicación, en marzo de 1990, coincidió con el décimo aniversario del martirio de Mons. Romero, cinco meses después del asesinato de Ellacuría, junto con otros cinco hermanos jesuitas, Julia Elba y su hija Celina, en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. Así lo señaló Sobrino en la presentación de la obra. Esta apareció “cuando todavía estaba fresca su sangre martirial”. Concebida como un compendio de la “más latinoamericana de las teologías”<sup>3</sup>, la obra sigue invitando a pensar que la vida y la muerte en América Latina, no sustituyen la reflexión teológica; pero sin ellas, esta no puede crecer como teología latinoamericana de la liberación, ni puede ser comprendida correctamente.

Este artículo está pensado desde el contexto celebrativo de una Iglesia identificada con los pobres y que ha mostrado una sinodalidad creíble, vivida hasta

- 
1. I. Ellacuría y J. Sobrino (eds.), *Mysterium liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, I-II (Madrid, 1990).
  2. R. Oliveros, *Mysterium liberationis*, I, o. c., p. 47.
  3. J. Costadoat, “Pacto de las catacumbas. La ‘más latinoamericana’ de las teologías”, en X. Pikaza y J. A. da Silva (eds.), *El Pacto de las catacumbas. La misión de los pobres en la Iglesia*, p. 23 (Navarra, 2015).

el martirio. La Iglesia de El Salvador se prepara con alegría para celebrar, el 22 de enero de 2022, la beatificación de cuatro nuevos mártires, el padre Rutilio Grande, S. J., los laicos Nelson Lemus y Manuel Solórzano, y fray Cosme Spessotto, O. F. M.<sup>4</sup>. Junto a san Óscar Romero, a los mártires de la UCA y a tantos otros cristianos y cristianas, reconocidos como mártires por el pueblo fiel de Dios, vienen a engrosar esta verdadera nube de “testigos” (μαρτυρων: Heb 12,1) de la fe y de la justicia social, en el continente de las mayores desigualdades. Mucho antes que la “sinodalidad” fuera explicitada por el magisterio universal y por la reflexión teológica, la Iglesia latinoamericana vivía y entendía el “caminar juntos” desde los pobres y desde el martirio, los cuales pueden ser considerados como “lugares teológicos” de *Mysterium liberationis*<sup>5</sup>.

## 2. Caminar juntos en una Iglesia de pobres y de mártires

Caminar con Jesús pobre y testigo, y caminar con los pobres testigos de Jesús son rasgos que identifican a la Iglesia latinoamericana desde Medellín hasta Aparecida<sup>6</sup>. Como dice Ignacio Ellacuría, “para comprender lo que es el pueblo de Dios, importa mucho volver los ojos sobre la realidad que nos rodea [...] esta realidad no es sino la existencia de una gran parte de la humanidad literal e históricamente crucificada”<sup>7</sup>. Los rasgos del siervo de Yahvé, del Hijo de Dios crucificado, han sido recobrados en América Latina, no por pura investigación exegética, ni por interés apologético al servicio de una teoría soteriológica, sino por connaturalidad, por afinidad y por semejanza con los pobres y los desclasados<sup>8</sup>.

4. “La solemne ceremonia de beatificación tendrá lugar, Dios mediante, frente a la catedral metropolitana de San Salvador a las cinco de la tarde [...] El lugar escogido es emblemático porque es allí donde cada año el pueblo salvadoreño rinde homenaje a su excelso titular, el Divino Salvador del Mundo. Fue precisamente en esa plaza donde, el domingo de ramos de 1980, una inmensa muchedumbre manifestó su amor y gratitud a nuestro santo Óscar Arnulfo Romero, en una inolvidable misa exequial inconclusa que, desgraciadamente, fue empañada por la violencia” (Conferencia Episcopal de El Salvador, “Preparémonos para participar activamente en la beatificación de nuestros mártires”. Disponible en <https://iglesia.org.sv/convocatoria-a-beatificacion-de-parte-de-la-cesdes/>).

5. G. Gutiérrez, *Mysterium liberationis*, I, o. c., pp. 303 y 318; R. Muñoz, *ibid.*, p. 540; J. Sobrino, *Mysterium liberationis*, II, o. c., p. 468; J. J. Limón, *ibid.*, p. 477; R. Aguirre y F. J. Vitoria, *ibid.*, p. 559.

6. G. Gutiérrez, *De Medellín a Aparecida. 50 años de la Conferencia episcopal de Medellín* (Lima, 2018).

7. I. Ellacuría, *Mysterium liberationis*, II, o. c., p. 189.

8. J. Sobrino, *Jesús en América Latina. Su significado para la fe y la cristología*, p. 254 (Cantabria, 1982). De acuerdo con Sobrino, “en América Latina, la teologi-

La Iglesia latinoamericana debe renovar constantemente la opción de Medellín para vivir “libre de ataduras temporales, de connivencias indebidas y de prestigio ambiguo”<sup>9</sup>, y para ello, necesita poner en el centro a los pobres y a los mártires<sup>10</sup>. El marxismo que la teología de la liberación “ha utilizado como instrumental”<sup>11</sup>, ha hecho caer en la cuenta, en línea con la crítica profética, que toda opresión política, social o económica se sustenta en una filosofía de la opresión. La religión a menudo ha jugado un papel capital en esta ideología opresora, sancionando situaciones injustas, callando ante la explotación de los pobres y santificando las desigualdades en nombre de Dios<sup>12</sup>.

La Iglesia latinoamericana tiene una deuda pendiente con los pobres, en muchos países y en amplios sectores. Como dice Gustavo Gutiérrez: “el silencio cobarde ante los sufrimientos de los pobres, que busca disimularse con mil justificaciones sutiles, es hoy particularmente grave para el cristiano latinoamericano”<sup>13</sup>. Una tesis constante de la eclesiología latinoamericana es que

---

zación fundamental consiste en considerar al pueblo crucificado como la actualización de Cristo crucificado, verdadero siervo de Yahvé; de modo que pueblo crucificado y Cristo, siervo de Yahvé, se remiten y se explican el uno al otro. Así lo han hecho dos mártires salvadoreños que bien sabían de lo que hablaban. Monseñor Romero dijo a unos campesinos aterrorizados que habían sobrevivido a una matanza: ‘Ustedes son la imagen del divino traspasado’ [...]. Y en otra homilía dijo que Jesucristo, el liberador, tanto ‘se identifica con el pueblo, que los intérpretes de la Escritura no saben si el siervo de Yahvé que proclama Isaías es el pueblo sufriente o es Cristo que viene a redimirnos’. Lo mismo decía Ellacuría: ‘Ese pueblo crucificado es la continuación histórica del siervo de Yahvé, al que el pecado del mundo sigue quitándole toda figura humana, al que los poderes de este mundo siguen despojando de todo, le siguen arrebatando hasta la vida, sobre todo la vida’”, en J. Sobrino, *El principio misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, pp. 86-87 (Santander, 1992<sup>2</sup>).

9. II Conferencia general del episcopado latinoamericano, *Documentos finales de Medellín*, 3.4 (Córdoba, 1969).
10. Así quisieron expresarlo los obispos en la Conferencia de Aparecida: “Nos comprometemos a trabajar para que nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña siga siendo, con mayor ahínco, compañera de camino de nuestros hermanos más pobres, incluso hasta el martirio” (396, 220, 275, 383).
11. E. Dussel, *Mysterium liberationis*, I, o. c., p. 123; C. Boff, *ibid.*, p. 102; P. Richard, *ibid.*, p. 211; I. Ellacuría, *ibid.*, p. 368; *Mysterium liberationis*, II, o. c., pp. 192-193. Sobre el debate acerca del uso del marxismo por la teología de la liberación, véase C. Duquoc, *Liberación y progresismo. Un diálogo teológico entre América Latina y Europa*, pp. 59-71 (Santander, 1989); y también, J. J. Tamayo, *Teologías del sur*, pp. 211-212 (Madrid, 2017).
12. J. L. Sicre, “*Con los pobres de la tierra*”. *La justicia social en los profetas de Israel*, pp. 455, 459 (Madrid, 1984).
13. G. Gutiérrez, *Beber en su propio pozo*, p. 130 (Salamanca, 2007).

la Iglesia nace de los pobres<sup>14</sup> y se identifica con los oprimidos<sup>15</sup>. De allí que “la causa de la justicia se halla en la conciencia eclesial latinoamericana”<sup>16</sup> y, por esta razón, “la ética de la liberación debe ser considerada como modelo moral”<sup>17</sup>.

La prioridad institucional no define a la Iglesia, sino el lugar que ocupan los pobres como los preferidos del reino. El compromiso con los pobres no se limita al espacio social, que evidentemente está presente y no puede ser ignorado. Esa solidaridad encierra algo primordial: un contenido profundamente espiritual y un fundamento cristológico<sup>18</sup>.

El discurso de Esteban, en Hechos 7, declara que Dios no está de parte de la institución, sino del lado de los que sufren y son perseguidos a lo largo de la historia<sup>19</sup>. La legitimidad de Jesucristo está en el anuncio del reino como realidad última y absoluta. Una realidad que condiciona su práctica y que para él no es negociable<sup>20</sup>. Ella lo inserta en la línea de los perseguidos<sup>21</sup>. Cabe preguntarse, entonces, “¿qué Iglesia o iglesias están respondiendo al ‘hoy’ de Dios y lo están haciendo desde la realidad de la sustancia eclesial?”<sup>22</sup>. En las circunstancias históricas actuales, la respuesta sobre la forma como deba realizarse la esencia y la misión de la Iglesia, no parece ser tan obvia y no puede simplemente darse por sabida.

Hace 60 años, el concilio Vaticano II fue un “nuevo comienzo”<sup>23</sup>. Ya antes del concilio, el tema de la “Iglesia de los pobres” estaba en el corazón de Juan XXIII, quien lo propuso en la alocución del 11 de septiembre de 1962, un mes antes del inicio de las labores conciliares. “Otro punto luminoso. Frente a los países subdesarrollados, la Iglesia se presenta tal como es y quiere ser, la Iglesia de todos y particularmente la Iglesia de los pobres”<sup>24</sup>. El cardenal Lercaro, en su notable intervención del 6 de diciembre de 1962, retomó con fuerza el tema

14. J. Comblin, *Mysterium liberationis*, I, o. c., p. 636.

15. R. Muñoz, *ibid.*, p. 535; J. Hernández-Pico, *Mysterium liberationis*, II, o. c., p. 615.

16. R. Aguirre y F. J. Vitoria, *Mysterium liberationis*, II, o. c., p. 566.

17. F. Moreno Rejón, *Mysterium liberationis*, I, o. c., p. 283.

18. G. Gutiérrez, *¿Dónde dormirán los pobres?*, p. 14 (Lima, 2015<sup>2</sup>).

19. J. Ratzinger, *El nuevo pueblo de Dios*, p. 279 (Barcelona, 1972).

20. C. Bravo, *Mysterium liberationis*, I, o. c., p. 572.

21. Mons. Romero escribió la mañana del día en que fue asesinado, el 24 de marzo de 1980, a don Pedro Casaldáliga: “Alegres de correr como Jesús los mismos riesgos, por identificarnos con las causas de los desposeídos”, *cfr.* J. Sobrino, *Mysterium liberationis*, II, o. c., p. 460.

22. J. Sobrino, *ibid.*, p. 225.

23. K. Rahner, *El concilio, nuevo comienzo* (Barcelona, 2012).

24. Juan XXIII, Mensaje del 11 de septiembre de 1962, *AAS* 54 (1962), 678.

propuesto por Juan XXIII, al declarar que “esta es la hora de los pobres, de los millones de pobres que están por toda la tierra, esta es la hora del misterio de la Iglesia, madre de los pobres, es la hora de Cristo sobre todo en el pobre”<sup>25</sup>. En Medellín, los obispos tomaron conciencia de que la “recepción” del concilio en América Latina, no podía prescindir de sus condiciones culturales, sociales y económicas<sup>26</sup>. De este modo, la Iglesia latinoamericana se ha configurado con un *ethos* propio, “en las tierras del despojo y la desigualdad, la miseria, la opresión y la injusticia”<sup>27</sup>.

### 3. Caminar juntos en una Iglesia profética

El reclamo de justicia es central en la predicación de los profetas de Israel. Mostrar especial preocupación por los más débiles, por los huérfanos, por las viudas, por los emigrantes y por una larga lista que se fue ampliando en la tradición bíblica, hizo que la denuncia profética no cometiera el error absurdo de defender los intereses de los sectores más fuertes, olvidando a los grupos marginados. El compromiso con los pobres de la tierra, como hijos e hijas de Dios, y como hermanos y hermanas más pequeños de Jesús, hace que aquellos sean considerados “mi pueblo”, del que hablan Isaías y Miqueas.

La memoria de la liberación de los pobres es un signo profético y escatológico, que permite penetrar en el dinamismo de la formación del pueblo<sup>28</sup>. Dios llama siempre a un *pueblo* para que sea su pueblo, pero esto implica convivir en la igualdad, en la fraternidad y en la justicia<sup>29</sup>. En Jesús, lo último y lo decisivo no es su persona, ni la ley, ni siquiera Dios en sí mismo, sino el reino de Dios, el núcleo de su predicación. En esto, Jesús no elimina el mensaje de los profetas, no se desentiende del mundo<sup>30</sup>, sino que se relaciona esencial y constitutivamente con el reino de Dios, con su última voluntad, lo que sistemáticamente se llama la mediación de Dios<sup>31</sup>.

En los pueblos latinoamericanos, la presencia de María como aliada en sus luchas es también un dato relevante para la mariología de la liberación. En la

25. AAS I/4, pp. 327-328.

26. C. Palacio, *Mysterium liberationis*, II, o. c., p. 514.

27. A. Quiroz Magaña, *Mysterium liberationis*, I, o. c., p. 253.

28. G. da Silva Gorgulho, *ibid.*, p. 174; J. A. Estrada, *Mysterium liberationis*, II, o. c., pp. 175-176.

29. J. I. González Faus, *Mysterium liberationis*, II, o. c., p. 52.

30. J. L. Sicre, “*Con los pobres de la tierra*”, o. c., p. 459.

31. J. Sobrino, *Mysterium liberationis*, I, pp. 576-577. Puede verse un mayor desarrollo de esta idea en el capítulo “El Sumo Sacerdote. El Mediador: lo humano ‘sin añadidos’, pero ‘con concreciones’”, en J. Sobrino, *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*, pp. 185-205 (Madrid, 2007<sup>3</sup>).

lectura que el pueblo de las comunidades eclesiales de base hace del canto del *Magnificat*, se deja entrever el “sí” constante de María a Dios y a su plan, y su “no” a las injusticias y a una situación con la que no es posible pactar. El “no” al pecado de la indiferencia perfecta ante los sufrimientos de los otros que los convierten en víctimas.

En los años conciliares, en América Latina creció, entre los creyentes y los no creyentes, la conciencia de la injusticia y de la necesidad de cambios urgentes y profundos, en la sociedad y la economía. Es lo que se ha solido llamar el aumento de la “conciencia revolucionaria”, donde lo revolucionario tiene un sentido muy amplio y compartido por las ideologías más influyentes de la época<sup>32</sup>. La situación de opresión y las aspiraciones de liberación, tanto en los sectores populares como en los círculos intelectuales, se expresaban con mayor vigor<sup>33</sup>. Medellín, influida por el espíritu del concilio e impactada por la *Populorum progressio*, de Pablo VI, abordó la cuestión de la miseria, que marginaba a grandes grupos humanos, y la calificó como un hecho colectivo, como una “injusticia que clama al cielo”<sup>34</sup>.

En esta y en otras cuestiones, la Iglesia latinoamericana ha vivido la “recepción” del concilio y del magisterio posconciliar con una tensión muy particular entre la fidelidad y la creatividad. Esto ha hecho fecunda su comunión con el resto de las iglesias, que constituyen la Iglesia universal, presidida por el papa<sup>35</sup>. La dimensión profética de la Iglesia latinoamericana ha sido particularmente influyente, al punto que ahora la situación del mundo es contemplada desde el punto de vista de los países periféricos y no desde los centrales<sup>36</sup>.

---

32. S. Galilea, “Ejemplo de recepción selectiva y creativa del concilio: América Latina en las conferencias de Medellín y de Puebla”, en G. Alberigo y J. P. Jossua, *La recepción del Vaticano II*, p. 87 (Madrid, 1987). En la conferencia del Consejo Mundial de Iglesias y de la Comisión Pontificia Justicia y Paz de Beirut, en 1968, se llegó a la siguiente declaración conjunta: “Son posibles las revoluciones sin uso de la fuerza. Todo nuestro esfuerzo debe dirigirse a lograr el cambio pacíficamente. Sin embargo, cuando el derecho en uso está enraizado en el *statu quo* y quienes lo sustentan no permiten cambio alguno, la conciencia humana puede llevar a los hombres a una revolución violenta como último recurso, en plena responsabilidad claramente aceptada, sin odio ni resentimiento. Una grave culpa pesa entonces sobre quienes se opusieron al cambio”; citado por J. Hernández-Pico, *ibid.*, pp. 620-621.

33. R. Antonich, *Mysterium liberationis*, I, o. c., p. 145.

34. Medellín I.I.I.

35. R. Aguirre y F. J. Vitoria, *Mysterium liberationis*, II, o. c., p. 567.

36. G. Gutiérrez, *Teología de la liberación. Perspectivas*, p. 66 (Salamanca, 1972).

La intuición de Juan XXIII, hecha “opción preferencial” por la Iglesia latinoamericana<sup>37</sup>, alcanza su madurez en el magisterio universal de Francisco: “quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos” (EG 198). Un gran reto para la eclesiología del pueblo de Dios es la promoción del pueblo pobre en la Iglesia. Es verdad que la Iglesia la constituimos todos, pero también lo es que los pobres y los pecadores constituyen el centro de las preocupaciones evangelizadoras de Jesús y, por tanto, deben serlo también de la Iglesia<sup>38</sup>.

#### 4. Caminar juntos y vivir con Espíritu

En Medellín, la Iglesia percibió la realidad histórica de manera nueva. Aquel acontecimiento fue un verdadero pentecostés para América Latina. La Iglesia se animó a ir más allá de la aplicación de concilio e hizo una “relectura” desde un continente pobre y cristiano. Los obispos afirmaron que los anhelos de liberación de toda servidumbre son signos del Espíritu. De allí que el Espíritu y la nueva percepción de la realidad histórica, aunque aquel no se agota en esta, son correlativos.

En América Latina, la novedad del Espíritu se manifiesta objetivamente en la irrupción de los pobres y desde ellos se relee a Jesús, el *Homo verus*, redescubriéndolo con mayor nitidez en sus hechos, tal como lo presentan los evangelios<sup>39</sup>. En esta línea, nos interesa destacar que la irrupción del Espíritu en América Latina, acontece discerniendo los signos de los tiempos y escuchando el clamor del pueblo pobre y explotado, que busca su liberación<sup>40</sup>.

El Espíritu actúa desde abajo, desde los pobres, desde la periferia de la historia y de la Iglesia, desde la base. Y, precisamente, desde abajo surge algo nuevo, una reflexión y una actitud diferente a las surgidas en el concilio. El Vaticano II se centró más en la problemática europea, moderna y secular, que en los pobres y la pobreza. Nada extraño que un signo potente del caminar con el Espíritu hayan sido las comunidades eclesiales de base, un componente eclesiológico significativo, desde el punto de vista teológico, pastoral e institucional<sup>41</sup>. Ellas forjaron un nuevo modelo de religiosidad popular, con su reflexión bíblica, con sus celebraciones y con su compromiso social<sup>42</sup>.

---

37. R. Oliveros, *Mysterium liberationis*, I, o. c., p. 19.

38. J. A. Estrada, *Mysterium liberationis*, II, o. c., pp. 186-187.

39. J. Sobrino, *ibid.*, p. 460.

40. V. Codina, *El Espíritu del Señor actúa desde abajo*, p. 25 (Santander, 2015).

41. M. de C. Azevedo, *Mysterium liberationis*, II, o. c., p. 245.

42. D. Irarrazabal, *ibid.*, p. 356.

La Iglesia es la comunidad de los fieles, cada uno con sus dones y sus carismas, los cuales deben ser vividos en beneficio de todos. La comunidad hace presente todos los dones de Dios y es la forma concreta como la gracia se hace palpable, en medio de los pobres y los oprimidos<sup>43</sup>. En la medida en que cada uno, en que cada una, cree comunión, se hace sacramento de la Trinidad. La comunión trinitaria impide la concentración del poder en la comunidad eclesial y abre espacio para la amplia participación de todos<sup>44</sup>.

## 5. Caminar juntos y mirar lejos

La presencia del Espíritu en la Iglesia nos lleva a la verdad completa. Desde Medellín, su presencia ha hecho posible que la Iglesia latinoamericana adquiera cada vez más un nuevo rostro pobre, misionero y pascual. Los retos son grandes y los cambios que deben implementarse son profundos. Sin embargo, perder lo que se ha conseguido en estos años, entre los cristianos y los no cristianos del continente, sería ir contra la acción renovadora del Espíritu y un pecado con él. Juan XXIII estableció una pauta insuperable. En un texto que revela su intensa experiencia de Dios, que “todo lo hace nuevo” (Ap 20,5), y su profunda esperanza, el papa escribió con lucidez actual lo siguiente:

Hoy más que nunca, ciertamente más que en los siglos pasados, estamos llamados a servir al hombre en cuanto tal y no solo a los católicos; en relación a los derechos de la persona humana y no solamente a los de la Iglesia católica. Las circunstancias presentes, las exigencias de los últimos cincuenta años y la profundización doctrinal nos han conducido a realidades nuevas, como dije en el discurso de apertura del concilio. No es el evangelio el que cambia; somos nosotros los que comenzamos a comprenderlo mejor. Quien ha vivido largamente y se ha encontrado al inicio de este siglo frente a nuevas tareas de una actividad social que abarca a todo el hombre, quien ha vivido, como es mi caso, veinte años en Oriente, ocho en Francia y ha podido confrontar culturas y tradiciones diversas, sabe que ha llegado el momento de reconocer los signos de los tiempos, de aprovechar la oportunidad y de *mirar lejos*<sup>45</sup>.

“Mirar lejos”... de eso se trata. Desde mediados de la década de 1980, muchas voces se levantaron en contra de la teología de la liberación, señalando que era una teología “sectorial”, meramente de “genitivo”, que se preocupaba

---

43. J. Comblin, *Mysterium liberationis*, I, o. c., p. 83.

44. L. Boff, *ibid.*, p. 526.

45. Texto del 24 de marzo de 1963, poco antes de su muerte, reproducido en A. Nicora Alberigo y G. Alberigo, *Giovanni XXIII. Profezia nella fedeltà*, p. 494 (Brescia, 1978), citado por G. Gutiérrez, *Teología de la liberación. Perspectivas*, p. 52 (Salamanca, 2009<sup>18</sup>).



solamente por la justicia y los cambios estructurales. La teología de la liberación no solo ha abordado todos los temas teológicos desde la perspectiva del pobre, sino que ha acompañado procesos sinodales, en la constitución de comunidades plenamente comprometidas con la vida cristiana y de sociedades más justas y fraternas. La obra colectiva *Mysterium liberationis* es un ejemplo de la teología que nace de una experiencia espiritual, ligada a la opción por los pobres y la justicia, y que ha forjado un “estilo” martirial, acaso la única apologética válida a la cual pueda apelar la Iglesia.